

LA PALABRA DE VIDA

Tu Palabra, oh, Dios, me ha conferido la vida eterna por medio de Aquel que es el Verbo de vida. Mi pecado ha sido mi desgracia, y me ha hecho perder la sincronía con tu gloriosa voluntad. Gracias te doy, oh, Verbo viviente, porque por medio de mi confesión Tú eres fiel y justo para limpiarme de todo mi pecado y volver a armonizarme con tu bendita voluntad. Amén.

El apóstol Juan, en su primera epístola, usa la expresión “el Verbo de vida” para referirse a Jesucristo. Esta expresión ha llegado a ser muy importante para los creyentes a lo largo de los siglos. Con ella, Juan declara una verdad sobre Jesucristo que es absolutamente esencial para nuestra experiencia cristiana cotidiana. Esta declaración se refiere a *Emmanuel*, Dios hecho carne.

Juan estaba muy familiarizado con los relatos notables de lo que hoy llamamos Adviento. Estuvo allí para ser testigo de excepción: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida” (1 Jn. 1:1). Juan ofrece un testimonio personal que no podemos tomarnos a la ligera.

También nosotros estamos bastante familiarizados con los relatos sobre el Adviento y nos centramos en ellos una vez al año. Lamentablemente, hemos acumulado en torno al primer Adviento muchas tradiciones y relatos que parecen desviar del verdadero propósito por el que vino Cristo. Juan se toma

tiempo para explicar, desde su punto de vista como testigo presencial, cuáles son los elementos esenciales y qué necesitamos para apreciarlos en este momento tan alejado cronológicamente del suceso. Lo que comparte con nosotros no es una verdad que debamos observar una vez al año y luego volver a guardarla en el trastero con el resto de la parafernalia propia de la época del año. Esta verdad dota de energía el caminar cotidiano del cristiano.

Juan, el discípulo amado, empieza su epístola con la frase: “En el principio”. Esto resulta muy interesante, porque echa los fundamentos para entender que el nacimiento físico de Jesucristo no fue su principio. La terminología de este pasaje nos habla de la eternidad de Cristo. Juan da testimonio sobre la manifestación, en un momento concreto, de aquello que es eterno. Pablo lo expresa de una forma un poco distinta: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4).

¿Antes o después?

Los hechos de la eternidad y de la encarnación de Cristo dan pie a cierto número de paradojas. Desde el punto de vista histórico, este Cristo del que escribe Juan es el “Hijo de David”, y sin embargo le precede. Esta es la maravillosa incoherencia que encontramos cuando observamos la persona de Jesucristo. ¿Cómo es posible que un hijo nacido de un padre nazca antes que este? ¡Oh, las fantásticas incongruencias que encontramos cuando Dios intenta adaptarse al entendimiento limitado del ser humano! Solo por fe podemos asimilar esta verdad maravillosa.

Entonces se habla de Jesús como “la simiente de Abraham”, pero existió también antes que Abraham. Jesús dice a los líderes religiosos que le cuestionan: “De cierto, de cierto os digo: Antes

que Abraham fuese, yo soy” (Jn. 8:58). Imaginemos a esos viejos fariseos, expertos en la ley religiosa, rascándose la cabeza mientras intentaban entender lo que acababa de decir Jesús.

A Jesús también se le llama “el postrer Adán”, pero se remonta incluso a un punto anterior al primer Adán. Intentar situar a Cristo en una secuencia cronológica es imposible, porque existía antes del tiempo. Se cierne por encima y más allá del tiempo. De hecho, fue el tiempo lo que fluyó de los labios de Aquel al que se le llama “el Anciano de días”.

Cristo no deriva su gloria de David, Abraham o Adán. La gloria de ellos procede de la suya y, al darles gloria, no merma su propia gloria en ningún sentido. La que tiene es inextinguible. Lo que da no reduce en nada lo que tiene. “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Ap. 1:8).

A menudo se compara a Cristo con Aarón, pero este paralelo se invalida pronto. Aarón tuvo un principio, pero Cristo ya estaba “en el principio”. Aarón ofrecía sacrificios por sus propios pecados, mientras que Cristo se entregó por los pecados del mundo. Aarón derivaba su gloria de su sacerdocio, pero Cristo dio de su gloria a otros, como Aarón. El sacerdocio de Aarón concluyó, pero Cristo tiene un sacerdocio que es para siempre, un sacerdocio que se extiende hasta los aspectos inescrutables de la eternidad, llegando a esa atmósfera tan enrarecida en la que el tiempo no existe.

Siempre que contamos un relato, este tiene tres elementos: el principio, el punto medio y el final. Cuando llegamos a la historia de Cristo, es imposible empezar por el principio. Juan usa la Palabra “principio” para transmitir a sus lectores una idea aproximada de lo que intenta decirles. Jesucristo existió desde el principio en el sentido de que *era* antes de que empezara todo lo demás.

La manifestación de la Palabra viva

La declaración que hace Juan relativa al Emmanuel empieza diciendo “en el principio”. Entonces Juan pasa a declarar que Aquel que ha venido en la carne es “el Verbo de vida”. La expresión que usa Juan aquí se aplica a Jehová. Vincula al Cristo del que fue testigo, y con el que trató, con el Jehová del Antiguo Testamento.

Moisés, frente a la zarza ardiente, preguntó a Dios: “Dijo Moisés a Dios:

He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” (Éx. 3:13)

La respuesta fue: “YO SOY EL QUE SOY... Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (v. 14).

Ese era jehová, la esencia intemporal de Dios en su revelación a la humanidad. No hay una manera mejor de explicar a Dios. Muchas personas dedican mucho tiempo y muchas palabras intentando explicar lo que es Dios, y fracasan miserablemente. El lenguaje solo puede llegar hasta cierto punto; no puede explicarnos plenamente el misterio de Aquel al que llamamos Jehová. Esta gloria que Juan comparte con nosotros, esta idea reluciente, refulgente, que procede de Dios. El Verbo eterno de Dios, dice Juan, habitó entre nosotros.

Luego sigue diciendo que este Verbo de vida se manifestó: “porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (1 jn. 1:2).

Juan testifica que Dios vino donde los seres humanos pudieran experimentarle. Cristo se manifestó de tal manera que Juan y sus discípulos pudieron ser testigos y anunciar que tales cosas eran ciertas. Antes que esto, el hombre solo podía oír hablar de Dios. Ahora, como declara Juan, podemos experimen-

tar a Dios en un nivel personal. Podemos conocer a Dios como Él se deleita en ser conocido por su pueblo.

Esa Vida eterna se hizo carne humana, y Juan testifica osadamente que oyeron, vieron y tocaron al Verbo de vida. Imagino que, mientras Juan escribía esto, su corazón estaba inundado por el aura maravillosa de esa presencia manifiesta. Esta es la meta de toda experiencia cristiana: conocer a Dios en su presencia manifiesta, esa misma presencia que estuvo con Juan después de su encuentro con Cristo tras su resurrección, en aquel aposento alto. A partir de ese momento, al pensar en Cristo había algo que le llenaba el corazón con un gozo inexpresable.

Nosotros también podemos experimentar la presencia manifiesta de Dios tal como Juan la describe en esta epístola. Por eso las Escrituras son tan absolutamente esenciales e importantes en la vida del cristiano. Cuando acudimos a la Palabra de Dios, no lo hacemos solamente en busca de información; venimos a encontrarnos con el Verbo viviente de Dios. No logro entender cómo algunos leen un poco de aquí y un poco de allá y luego se alejan. La tendencia de muchos hoy hacia el análisis frío roza la blasfemia. No quiero quedarme solo con el texto. Quiero ver más allá de este y encontrarme con Cristo, el Verbo de vida.

Ha habido momentos en los que me he perdido en la presencia manifiesta de Dios mientras meditaba en su Palabra; se me ha acercado mucho de forma misteriosa, que desafía toda explicación. Si puedes explicar algo para satisfacer la razón lógica, entonces no es Dios. No habremos leído de verdad las Escrituras hasta que hayamos experimentado la presencia manifiesta del Verbo de vida, que es Jesucristo.

¿Qué nos revela todo esto de Dios?

Primero, según la declaración de Juan, Dios es vida. Muchos intentan localizar la fuente de vida, y la mayoría miran en la dirección incorrecta. Pero en la manifestación del Verbo de vida, que es Jesucristo, descubrimos la verdadera fuente de vida. Se

nos ha concedido vida eterna por medio de Jesús. Muchos especulan sobre lo que significa el adjetivo “eterna” cuando se asocia con el sustantivo “vida”. La vida eterna es una calidad, no solo una duración, de la vida.

Esta vida que Dios nos da es la esencia de quién es Él. Cuando Dios nos creó, dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen” (Gn. 1:26). Esto quiere decir que tenemos la capacidad de recibir de Dios algo que es exclusivamente Dios: la vida eterna, que es una calidad de vida que trasciende los factores del tiempo y el espacio.

Esta calidad de vida nos permite superar las circunstancias de nuestros tiempos y contemplar el rostro sonriente de la eternidad. No vivimos para este día o para el siguiente; vivimos para toda la eternidad. En la escuela dominical solíamos cantar una canción que decía: “Teniendo a la vista los valores eternos, amado Señor, teniendo a la vista los valores eternos. Que viva cada día teniendo a la vista, amado Señor, los valores eternos”. Mi vida actual, como soy cristiano, refleja la cualidad eterna de mi Padre que está en los cielos.

La declaración de Juan sobre este Verbo de vida manifiesto también nos lleva a la verdad de que Dios es luz.

Estoy hablando de algo más que una linterna, una vela o incluso un foco. Cuando leemos que Dios es luz, debemos entender que es la vida eterna que se contempla a sí misma. Se trata de la santidad absoluta en el sentido más puro de la palabra.

Esta luz es absolutamente pura, y carece de toda mancha. Quizá exista un adjetivo mejor que “absoluto”, pero no se me ocurre. La pureza de Dios es tan absoluta que su resplandor sobrepasa a todo lo demás.

Da lo mismo lo oscura y terrible que haya sido la noche: cuando el sol sale por la mañana, disipa las tinieblas. La oscuridad no puede contener la luz. Jesucristo, el Verbo de vida, es la luz del mundo, que expulsa las tinieblas de la era presente.

Entonces Juan declara que Dios es amor. Aquí tenemos la vida eterna que contempla a otros. Este amor se transmite mediante un acto espontáneo para rescatar a los que van a perderse. Es el movimiento activo de Dios hacia los pecadores, que no merecen estar en su presencia. Sin duda, ellos no pueden acudir a Él, pero es evidente que Él puede aproximarse a ellos.

Cuando Juan declara que Cristo es el Verbo de vida, nos dice que Dios es vida, luz y amor. Todos estos aspectos de Cristo se nos manifiestan por medio del brillo de la Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras.

La obra del Verbo de vida

¿Cuál es el propósito de la manifestación de Cristo como el Verbo de vida? ¿Cómo nos afecta como creyentes y amantes de la Palabra de Dios?

El propósito primario es traer al hombre la vida de Dios. El hombre fue creado a imagen de Dios, y Dios, por el motivo que sea, busca al ser humano con una tenacidad que no tiene rival en todo el universo creado. El gran anhelo de Dios es dar vida a todo hombre, mujer y niño de este mundo. Por eso envió a su Hijo a la humanidad.

Es imposible leer las Escrituras durante mucho tiempo sin encontrar esa hebra escarlata que empieza en Génesis y llega hasta Apocalipsis. La gran oración en Apocalipsis 4:11 lo dice todo: “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”.

Toda la creación se debe a la voluntad de Dios o es “para su deleite”. Estas son tres de las palabras más maravillosas que podemos decir. Meditar en estas palabras supone cultivar en nuestros corazones un amor que sobreabunda. Arrodiarse ante Dios, sabiendo que mi vida le agrada, es algo que me dota de poder.

Juan va un paso más lejos. El propósito del Verbo de vida es introducirnos en la comunión con Dios. Dios no se detiene al salvarnos; el propósito de ese rescate es disfrutar de una comunión con nosotros. “Tú nos has formado para ti”, decía san Agustín, “y nuestros corazones se sienten inquietos hasta que en ti reposan”. Esto explica la inquietud que vemos por doquier en nuestro mundo actual. Fuimos creados con un propósito, y hasta que lo descubramos y lo cumplamos, no hallaremos reposo. Ese propósito es tener comunión con el Dios que nos creó para sí. Quienes, por el contrario, pretenden encontrar sentido en los elementos de este mundo, nunca hallarán una satisfacción verdadera.

Otro propósito del Verbo de vida es adaptarnos a la plena conformidad con Dios y con su voluntad. Cuando leo y medito en la Palabra, empiezo a detectar áreas de mi vida que no están sincronizadas con la naturaleza santa de Dios como se revela en las Escrituras. Entonces, con la ayuda y la gracia del Dios todopoderoso, empiezo a introducir cambios.

Si contemplo el mundo, me adaptaré a su forma de vivir. Si contemplo el Verbo de vida, me conformaré a la voluntad de Dios. Esta conformidad fomentará mi comunión no solo con Dios, sino también con mis hermanos y hermanas en la fe. Si discrepamos de cualquier cosa que dicen las Escrituras, se manifestará en nuestra comunión con Dios y los unos con los otros. Cuando estemos cerca del Pastor, lo estaremos del rebaño.

¿Qué hacemos con aquellas cosas que vemos que no están en consonancia con la voluntad divina?

Lo primero es admitir el pecado que nos ha revelado la Palabra. Si negamos nuestro pecado, lo que hacemos es, como explica Juan en 1 Juan 1:8, engañarnos a nosotros mismos. ¿Cuántos creyentes hoy día viven una vida de engaño porque niegan algún pecado? Si negamos nuestro pecado, también manifestamos que el Verbo de vida no está de verdad en nosotros. La pregunta no es

cuán grande o pequeño es el pecado. La cuestión es simplemente si una parte de nuestra vida no encaja con la voluntad de Dios.

Juan sigue diciendo que, si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel para perdonarlos y limpiarnos de toda injusticia. Está ansioso por llevarnos a la conformidad y la comunión perfectas con Él. La Palabra de Dios me atrae hacia Él para que mi vida le agrade.

Bellas palabras de vida

Philip P. Bliss (1838-1876)

¡Oh, cantádmelas otra vez!
Bellas palabras de vida;
hallo en ellas mi gozo y luz,
bellas palabras de vida.
Sí, de luz y vida
son sostén y guía.

Jesucristo a todos da
bellas palabras de vida;
Él llamándote hoy está,
bellas palabras de vida.
Bondadoso te salva,
y al cielo te llama.

Grato el cántico sonará,
bellas palabras de vida;
tus pecados perdonará,
bellas palabras de vida.
Sí, de luz y vida
son sostén y guía.

¡Qué bellas son, qué bellas son!

Bellas palabras de vida.

¡Qué bellas son, qué bellas son!

Bellas palabras de vida.

Trad. Julia A. Butler